

PENSAMIENTO

Posmoderno arrepentido

Maurizio Ferraris descalifica sus teorías anteriores para abrazar y defender la realidad del mundo como contexto

Por Enrique Lynch

SON POCAS LAS MOTIVACIONES (y, desde luego, no todas son razonables) que llevan a un individuo a dedicarse a la filosofía; y aún menos son las que lo convierten en filósofo, pero entre todas ellas hay una que sobreviene y se aferra a la consciencia como una garrapata y ya no la deja en paz: la sospecha de que todo lo que nos rodea —esa persona que amamos, el viento, el olor del café, la factura de la luz, la voz de Nina Simone o Jordi Pujol, todo lo que hay y ha habido— puede que no sea real, es decir, puede que esté allí, pero quizás no sea lo que parece. Buena parte de la reflexión filosófica está dedicada a dar razón de la (ir)realidad del mundo sin las compensaciones y las ilusiones que se obtienen de la religión. Sin duda, esta preocupación no tendría razón de ser si no fuera que, tarde o temprano, nos vamos a morir. De hecho, el enigma de la muerte hace aún más acuciente la preocupación por la (ir)realidad del mundo puesto que a los realistas los pone delante de un absurdo que, si fueran honestos, deberían intentar explicar; y, a los que rechazan el realismo, suele sumirlos en la angustia o en el cinismo. Este *Manifiesto* tiene la virtud de centrarse sobre esta preocupación fundamental aunque su intención primaria haya sido la defensa visceral de la realidad del mundo contra el cúmulo de sospechas de irrealidad levantadas por el llamado posmodernismo; y, aunque cabe pensar que está inspirado en una venganza personal, es posible que, en el fondo, también esté guiado por la intención de salvar la filosofía de la amenaza de la técnica frente a la capitulación de la razón por obra de los posmodernos.

En cualquier caso, una advertencia es necesaria al lector, al que de todas formas invito a leer estas páginas. En los años ochenta y noventa del pasado siglo, la resaca del posmarxismo (no tengo otra manera de llamar al desencanto del mesianis-

mo revolucionario de las décadas anteriores), el ascenso del llamado "neoliberalismo" y, en gran medida, la llegada a la madurez de los revoltosos jóvenes de los sesenta y setenta desembocó en una profunda revisión del pensamiento contemporáneo no directamente comprometido con la técnica (la "filosofía" analítica y el neopositivismo de Viena), y a tono con lo que los anglosajones llaman "filosofía continental". La señal de identidad de esa revisión fue la llamada "condición posmoderna" y quienes se comprometieron seriamente en ella, los llamados "posmodernos", forman unas cuantas generaciones de pensadores donde se puede encontrar de todo: desde sesudos metafísicos y científicos relativistas hasta charlatanes de *reality show*. Ni más ni menos que lo que se encuentra en todos los medios y contextos. El caso es que la polémica sobre la posmodernidad cundió rápidamente en la

Manifiesto tiene pues especial interés puesto que procede de la pluma de uno de los principales ideólogos de las teorías que ahora descalifica, cumpliendo con aquello de "donde dije digo, dije Diego". Sumergirnos en sus apasionantes revelaciones escritas en una prosa brillante y belicosa tiene el atractivo del discurso del *pentito*, el arrepentido, el apóstata, un auténtico Tommaso Buscetta del posmodernismo.

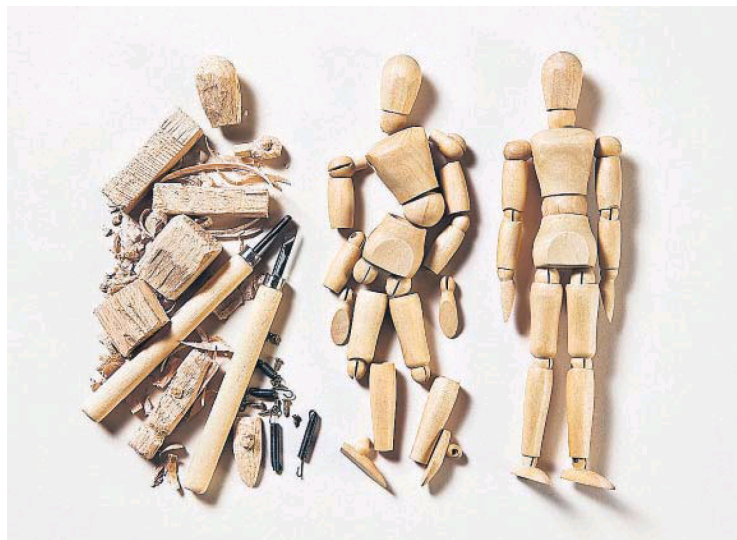
Ferraris se arrepiente de todo. Contra el relativismo afirma la realidad del mundo definida como contexto que no puede ser enmendado. Contra la estética como hermenéutica reivindica una teoría de la sensibilidad reconciliada con la percepción. Contra la tesis del final de la metafísica, sostiene una ontología social como teoría de la documentalidad (Ferraris, *Manifiesto*, 37). Contra la deconstrucción de la razón moderna, se confiesa solapadamente habermasiano y reclama una re-

tancia de la Verdad con mayúsculas. Y se levanta contra la crítica irónica del dogmatismo y la desublimación del deseo con vistas a la emancipación (Deleuze) y lo que llama "desobjetivación" sintetizada en el célebre apotegma nietzscheano: "No hay hechos sino solo interpretaciones", que fue una de las banderas del posmodernismo. Sus argumentos son tan eficaces ahora como lo fueron hace treinta años para afirmar lo contrario; eficacia engañosa, puesto que se basa en reducir al enemigo posmoderno a su caricatura y ya sabemos que la parodia puede ser incisiva, como fue la de Marx y Engels con relación al capitalismo, pero no es más que parodia: el capitalismo sigue vivo y el marxismo en cambio es la nostalgia de neoidéologos como Žižek o Eagleton.

Muchas de las críticas de Ferraris contra el posmodernismo se han volcado en distintos contextos en las últimas décadas. Así, cuando carga contra Nietzsche *post mortem*, haciéndolo responsable de la metaforización de la verdad y del final de la diferencia programática entre mito y logos, que lleva a confundir la filosofía con un género literario; o cuando denuncia en el posmodernismo un kantismo desviado. El mismísimo Kant cae víctima de sus descalificaciones: lo hace responsable de anteponer lo que sabemos (o lo que podemos conocer) a lo que vemos, lo que a la postre —dice— condujo a una nueva mitología cuyo final trágico es la conversión de Heidegger al nazismo, lo que es lisa y llanamente mala fe. Hace una escabechina con la filosofía francesa contemporánea de la que, milagrosamente, se salva el último Foucault, el de la biopolítica; e —inexplicablemente— su amigo personal, Jacques Derrida.

Su tesis de fondo es la reivindicación de nueva ontología realista —en suma: que algo es, que hay algo, y que eso que es no depende de nuestras facultades intelectivas—, realismo que afirma no ser ingenuo, como el de Moore sino (y aquí Ferraris no puede ocultar que es el mismo italiano) pícaro que predicaba el *pensiero debole* modesto: o sea, un realismo *ma-non-trop-po*. No importa que su reencuentro con la estética de la percepción no conjuge con la neurociencia (véase *Incógnito* de Eagleton, recientemente publicado por Anagrama) ni que al final el lector tenga la sensación de que lo que se le está proponiendo es el retorno a Tomás de Aquino. La invectiva es eficaz y —odio esta palabra— refrescante; y merece la pena averiguar por qué. ●

Manifiesto del nuevo realismo. Maurizio Ferraris. Traducción de José Blanco Jiménez, revisada por Francisco José Martín. Biblioteca Nueva. Madrid, 2013.



Las críticas de Ferraris contra el posmodernismo se centran en distintos contextos de las últimas décadas. Foto: Getty / Dimitri Vervisiotis

Sus argumentos son tan eficaces ahora como lo fueron hace treinta años para afirmar lo contrario

construcción. Contra las tesis posmodernas de que la realidad es un *constructo* social y que la verdad importa menos que la solidaridad (Rorty), recupera la impor-

autoconsciencia de la época, en parte debido a que la promesa marxista de un Reino de la Libertad había resultado ser un fiasco y en parte además porque, tras la disolución del mesianismo, quedó como una cicatriz el imperativo de llamar de alguna manera a la época presente. La cosa alcanzó niveles de cuestión fundamental, en especial en Italia, donde siempre ha habido pensamientos de amalgama y de contraste y siempre se ha hecho política con la filosofía. Maurizio Ferraris, entonces un joven profesor de metafísica formado bajo la influencia y el carisma de Gianni Vattimo —quizá el filósofo "posmoderno" por antonomasia—, fue uno de sus ideólogos más conspicuos y activos. Este fascinante

La guerra que no puso fin a todas las guerras

1914. De la paz a la guerra

Margaret MacMillan
Turner. Madrid, 2013
845 páginas. 39,90 euros

Por M. Á. Bastenier

LA HISTORIADORA CANADIENSE Margaret MacMillan, devota de la época y del conflicto que llevó a la Gran Guerra, y ha tratado en obras anteriores, ha escrito un libro de una narrativa brillante —casi siempre bien traducido—, que apasiona y se apasiona por momentos en la culminación de la trama, perteneciente al género de historia política, aunque con pinceladas de historia de las ideas, de la cultura, e incluso de las mentalidades.

La autora, muy canónicamente, pinta

primero el paisaje y lo va poblando de figuras, viñetas muchas de ellas impagables de los grandes *dramatis personae* de la historia, los tres emperadores, Guillermo II, Nicolás II, y Francisco José, junto a políticos y militares como Salisbury, Poincaré, Tirpitz, entre otros. La obra es, por ello, un gran "libro de libros" que gira en torno a un interrogante central, al que responde con la prudencia de los buenos profesionales. ¿De quién fue la culpa? ¿Por qué hubo una Gran Guerra europea, que solo militares enfebrecidos como el austriaco Conrad deseaban? Contienda que MacMillan describe elegantemente como el retrato de un despreocupado funeral.

En un pasaje la autora diríase incluso que revela su *ethos* profesional. Refiriéndose al último zar, Nicolás II, escribe: "su carácter fue esencial para comprender el ca-

mino de Rusia hacia la Gran Guerra", con lo que remite a los avatares de la personalidad parte de la respuesta a aquel gran interrogante. El alemán Ranke, que no por superado sigue siendo para muchos el primer gran historiador contemporáneo, pretendía "mostrar el pasado, tal como ocurrió en realidad". MacMillan sabe, por supuesto, que las cosas no ocurren de una sola manera, ni cabe hablar de la realidad como si fuera algo cerrado e inamovible, sino que se interroga —como hacía en el campo de la novela un Henry James, también en vísperas del terrible conflicto— sobre el encadenamiento de causas mayores y menores, de movimientos voluntarios e involuntarios, de acontecimientos calculados o espontáneos, hasta componer una síntesis interpretativa que enriquece con una atención suprema al detalle, pero siempre suficientemente

abierta como para no estrangular las ramificaciones inagotables de esta narrativa.

La autora no escribe una historia de género, ni se nota en forma alguna que la autora sea una mujer, pero sí fluye en su prosa la vena de lo anglosajón en la elección de situaciones, tiempos y personajes. Y no hace falta decir que el mundo hispánico no alcanza ni a espectador de tercera fila en esta tragedia de las equivocaciones, en la que los azares negativos jamás cesan de acumularse.

La historiadora introduce un recurso llamativo como son las alusiones a la actualidad, al mundo de Obama y de Merkel, a título de provocación comparativa. Y una sugerencia a la editorial. En los tiempos de *e-book*, el volumen es por su grosor poco manejable. Dos tomos habrían hecho mejor servicio al lector a la clásica usanza. ●

EL PAÍS BABELIA 25.01.14 13

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com +1 494 278 4684
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW